

hasta tanto la discusión y el reacomodo de las fuerzas sociales (factor lingüístico y factor social de resolución del conflicto) permitan un nuevo acuerdo, un nuevo consenso.

Es mucho más acertada la afirmación de Cicourel en lo que se refiere a que:

Los valores, al par de las reglas superficiales, normas o leyes son, siempre, principios generales, cuya conexión con los casos particulares sigue siendo un problema empírico que depende del modo en que los procedimientos interpretativos estructuran el desenvolvimiento de las acciones sociales.

Nueva vuelta nuestra a la dialéctica, en cuanto no es el sistema axiológico el regente y la historia la regida; en cuanto los valores se descubren en la historia (gracias al conflicto y al consenso), pero revierten sobre ella conformándola; en cuanto una sociedad —como las mareas— se mueve por la atracción conjunta (suma algebraica o incluso vectorial) de dos grandes masas móviles: la materia y el espíritu; de tal modo que a la causalidad pura y simple que reconocen los físicos en el mundo no-humano, se suma una especie de causalidad entelequial, propia de lo humano, que los sociólogos aún parecen incapaces de reconocer.

La anotación final de Cicourel es justa:

En la socialización del niño, este proceso ampliamente desconocido de conexión entre los casos particulares y las reglas generales ofrece laboratorio perpetuo para descubrir cómo el orden social se posibilita a través de la adquisición infantil de la estructura social.

Se trata del lado interno, psicológico; del proceso ontogénico correspondiente al proceso filogenético por el que la sociedad ajusta sus códigos (morales, jurídicos, religiosos, lingüísticos) a la realidad, y sujeta sus acciones a los mandatos de dichos códigos.

Lástima que los modos expresivos de Cicourel —tan poco nítidos en inglés como los nuestros en español— nos resulten menos accesibles aun en su versión italiana

—probablemente ceñida y no libre. Sus ideas —aún diseño de taller— son realmente dignas de conocerse y discutirse.

Oscar Uribe Villegas

Ana María Echaide: *Castellano y vasco en el habla de Orío*. Estudio sobre Lengua Tradicional e Importada. Colección Pueblos y Lenguas. Diputación Foral de Navarra. Institución Príncipe de Viana. Pamplona, 1968, pp. 164.

Ana María Echaide, profesora de lengua vasca en la Universidad de Navarra, joven y talentosa lingüista española, ha querido enmarcar debidamente su estudio monográfico de los contactos del castellano y el vasco en el habla de un pequeño poblado de la península ibérica, y ha sometido a revisión muchas e importantes aportaciones recientes sobre el "contacto de lenguas" que, en una revista como ésta, conviene subrayar en provecho de los sociólogos que se inclinan por explorar el sector más particularizado de la sociolingüística.

A Ana María Echaide le parece que la expresión "contacto de lenguas" es afortunada, en cuanto abarca problemas que de otro modo podrían parecer divergentes (como la teoría del sustrato y la posibilidad de préstamo morfológico) y que tienen como causa común el hecho de que, en cuanto las lenguas no viven aisladas, se interinfluyen.

Weinreich ha sido, particularmente, quien se ha significado como introductor de la expresión, pero, no menos, como quien ha concebido ese contacto en el individuo bilingüe, o sea, como un problema que se relaciona más con el habla que con la lengua como sistema.

Dentro de estas concepciones, es necesario examinar: por una parte, las influencias de la lengua primaria sobre la secundaria y, por otra, las de ésta sobre aquélla: influencias que dependen de la necesidad que hay de aprender la segunda lengua y de la facilidad o dificultad que a ello opone la internalización de la lengua materna, su consubstancialización con las categorías mentales, su obstrucción de las estructuras lingüísticas nuevas que tratan de abrirse camino en la mente del individuo; la producción que de todo ello

resulta, de los fenómenos de subdiferenciación, ultradiferenciación, reinterpretación de distinciones y sustitución fonética.

La interferencia —como subraya la autora— suele depender de factores extralingüísticos (particularmente sociológicos) como el hecho de que las lenguas tengan igual o diferente categoría o prestigio sociocultural o el de que, en teniéndolo diferente, lo tenga mayor la primaria o la secundaria. A eso se suele agregar una dificultad política; así, en África se plantea el dilema de “¿qué es más asequible y ventajoso: introducir una gran lengua de cultura como idioma oficial, o elevar alguna de las lenguas regionales a la altura de lengua oficial y literaria capaz de todas las posibilidades de expresión?” Por nuestra parte, creemos que ese problema se debería resolver mediante la aplicación de métodos como los de la programación lineal (que no parecen haberse aproximado a este campo de estudios).

De los contactos entre lenguas diferenciadas por el prestigio que les es propio o por el que se le reconoce a la cultura que vehiculan o a los agrupamientos sociales de quienes la hablan, suele proceder —a veces— un desplazamiento de una lengua por otra. Esto hace que, en las zonas en que se ha perdido la vernácula, aparezcan fenómenos de sustrato.

De esos mismos contactos procede otro fenómeno lingüístico: el préstamo, resultado de causas extralingüísticas como la conquista o los intercambios culturales; que depende frecuentemente del mayor prestigio de la lengua que presta pero que, en ocasiones (como en los primeros contactos entre el español y las lenguas americanas estudiados por el lingüista mexicano Ignacio Dávila Garibi) depende de que una de las lenguas en contacto, si no más rica, en sentido general, lo es en un sector determinado (en el de las cosas de la naturaleza, en el del folklore, etcétera).

Pero, el contacto puede producir una mezcla de hablantes de distinta lengua o puede provocar una penetración parcial de una lengua por otra; pero puede, también, producir nuevas lenguas, cuya estructura, más que estar “mal caracterizada” (como dijo Martinet) se encuentra *in fieri*, está en la forja, y cuyo vocabulario es, inicialmente limitado, como lo fue, en

sus principios el de toda lengua, con inclusión de aquellas lenguas nobles, como el latín, que llegaron a ser madres de muchas lenguas actuales.

Hay algunos aspectos de particular interés en los que Ana María Echaide incide, y que tienen importancia para la investigación sociológica, lingüística y sociolingüística; entre ellos el hecho de que mientras los lingüistas antiguos —como Jespersen, Whitney o Hempl— se preocupaban por el estudio de los préstamos en cuanto resultado, los modernos —como Weinreich y Haugen— se han ocupado de los mecanismos que conducen a ellos, investigando, por una parte, los factores sociales que los favorecen y, por otro, las condiciones de estructura lingüística que los propician.

Ana María Echaide hace un recorrido por las teorías y comprobaciones que se han hecho en este sector: desde las de Bartoli que se refieren a la forma en que dos lenguas semejantes tienen mayor oportunidad de interinfluirse, a las de Jakobson que afirma que las afinidades fonológicas funcionan por encima de las comunidades lingüísticas, o a las que se plantearon el problema de si el sistema morfológico de una lengua podía influir sobre el de la otra, y a la postulación de ciertas hipótesis de trabajo más diferenciadas que ésta, que rechazan tanto la admisión como el rechazo totales de los que se hicieron responsables Schuhardr y Meillet, respectivamente.

En efecto, se necesita distinguir, en este terreno, las influencias sociales de las lingüísticas; las interferencias propiamente tales de la pura convergencia, y determinar los diferentes grados de resistencia de distintos puntos del sistema morfológico de una lengua.

Todos estos extremos de carácter teórico-metodológico se deben poner a funcionar en el momento en que se emprende una investigación como la de la profesora Echaide. Hay que reconocer, en efecto, que las influencias entre el castellano y el vasco no se han producido en un solo sentido sino en dos (como que los antropólogos dicen siempre que toda aculturación es un proceso de doble vía).

Esas influencias no se han producido nunca en un solo sentido, y el sentido predominante también ha variado con el tiempo. Como que, inicialmente, la in-

fluencia preponderante fue del vasco sobre el castellano (según demuestran la aspiración de f inicial, la bilabialización de v, el sistema vocálico y ciertas construcciones que dieron especificidad al castellano dentro del iberorrománico) en tanto que la influencia preponderante ha sido la románica difusa y la castellana concentrada sobre el vasco pues no sólo el contacto de esta lengua con el castellano sino también los que ha tenido con el gascón y con el aragonés lo han inclinado a una cierta romanización.

Pero, fuera del terreno estrictamente lingüístico, habría que determinar —como indica Echaide— hasta qué punto el hecho político (la división testamentaria de Sancho el Mayor de Navarra, en 1053) pudo haber tenido repercusiones lingüísticas (en cuanto Navarra se orientó hacia Aragón, mientras las Vascongadas, la Rioja y la Burela lo hacían hacia Castilla). Repercusión pudo ser ésa parecida a la que no sólo en materia lingüística sino también en materia política tuvo y sigue teniendo la división de los dominios de Carlomagno entre sus herederos.

En la actualidad, según la autora, todos los vascohablantes son bilingües, usan el idioma vernáculo sólo en familia o dentro de ciertas profesiones, lo hablan poco en los centros urbanos, y menos en el casco de las poblaciones que en las zonas rurales; no todos leen en vasco y casi nadie escribe en esa lengua a pesar de ciertos intentos de renacimiento literario, y conocen el castellano en grados muy diferentes.

La autora reconoce que los unilingües vascos son muy escasos y viejos, los unilingües castellanos son inmigrantes del sur que trabajan como peones y que tienen nivel socioeconómico inferior al de los naturales de Orio; bilingües cuya lengua primaria es el vascuence, que constituyen la mayoría de los pobladores y bilingües que tienen el castellano como lengua primaria y son hijos de los inmigrantes.

Apunta que aunque al número de hablantes del vascuence parece que pudiera favorecerlo en la situación de contacto, el hecho de ser el castellano idioma oficial y de gran cultura (que en particular cuenta con una terminología moderna) se decide de un predomnio que, por otra parte, no implica desprestigio para el vascuence pues los oriotarras se sienten orgullosos

de hablarlo aun sin ser su pueblo centro manifiesto de nacionalismo vasco.

Echaide presenta una información de gran interés sobre los medios de difusión: hay, en efecto, periódicos y revistas en vascuence, programas radiales de buena calidad, las misas se dicen en vasco (pues una sola es en castellano) pero ya hay predicación, ejercicios espirituales, enseñanza religiosa y otras manifestaciones en las que en parte se emplea el castellano. En las escuelas se emplea sólo el castellano, y el radio, el cine, la televisión ayudan a la penetración progresiva de la lengua. Según eso, la influencia que ejerce el vasco es, según Echaide, puramente pasiva, de resistencia, pues consiste en la dificultad que introduce para el aprendizaje del castellano.

La comunidad que ha estudiado Echaide es Orio, poblado de carácter agrícola, industrial y pesquero, con algún turismo. La eligió por su carácter genérico, falto de peculiaridades que pudieran restringir el ámbito de validez de sus conclusiones. En él hay mínima diferenciación social, y gracias a ello, la investigación no se complica con la diferenciación de los llamados dialectos sociales. Desde otro ángulo, tomó la decisión de estudiar Orio por la falta que hay de vocabularios castellanos de la zona guipuzcoana a la que corresponde.

Ana María Echaide trabajó con seis informadores y un vocabulario de dos mil preguntas. Entre sus informadores hubo hombres y mujeres, de 23 a 65 años; los unos obreros y pescadores; las otras, obreras y amas de casa. Usó, además, las grabaciones de varias horas que comprenden narración, diálogo vivo, chiste, explicación técnico-laboral.

El libro proporciona datos sociogeográficos de Orio, la situación lingüística por grupos de hablantes, el prestigio y uso de las lenguas, la repercusión de los medios de cultura, los grados de conocimiento del castellano, y cubre —en el ámbito puramente lingüístico— la fonética, la morfología, la sintaxis, la lexicología y la semántica del castellano de esa población (con inclusión de las nuevas formas y los nuevos significados) a más de que reproduce un vocabulario extenso. Una debilidad suya que quizás sienta el formado en la estadística se refiere a lo pequeño de la muestra de hablantes (más que de texto) pero, sobre todo, a que

ciertas diferenciaciones que recoge la autora en sus conclusiones no puede saberse si son o no estadísticamente significativas y en qué nivel lo son.

De acuerdo con las conclusiones de Echaide, en Orio aún pueden observarse influencias del vascoence sobre el castellano, mientras que la evolución interna de este último es, ahí, prácticamente nula. Esa influencia está en razón directa de la edad; es más fuerte entre quienes viven aislados de los unilingües castellanos (según ocurre con los pescadores) y es menor entre las mujeres que entre los hombres (los hombres, principalmente si son pescadores viven aislados por largas temporadas, con menor relación con los hablantes del castellano). La influencia se produce en todos los planos lingüísticos; en materia léxica —particularmente— hay más préstamos que calcos semánticos, y la incorporación mayor o menor de préstamos vascos en el castellano de Orio depende de los campos semánticos, pudiendo observarse, por ejemplo, que el de la pesca proporciona más préstamos que los otros.

Una monografía seria, honesta, profesional, con pequeñas limitaciones como las que pueden observarse en toda obra humana, pero de la que puede aprender mucho quien, desde el ámbito sociológico pretenda sumarse al lingüístico para lograr un cierto encaminamiento hacia la sociolingüística. Lo cual no significa que los lingüistas no tengan mucho material utilizable en esta monografía que, por su parte y como tales, deberán examinar y calificar cuidadosamente.

Oscar Uribe Villegas

V. A. Lefevr, *Konfliktuyuschchie Struktury (Estructuras conflictivas)* Moscú, Vysshaya shkola, 1967, 88 pp., 29 kop.

Este pequeño libro menciona en su carátula, además de Lefevr, al Departamento de Educación Especial Superior y Media y a la Universidad Estatal de Voronezh; ahí mismo aparecen los nombres de los tres editores: D. A. Pospelov, V. N. Sadvovskij y E. G. Yudin.

El primer punto que se discute en la obra es el concepto del sistema y sus elementos. La configuración se define como un sistema cuyos elementos pertenecen

también a otras sistemas. Basado en las ideas de Moebius, el conflicto se ejemplifica por medio de ecuaciones diferenciales e integrales. Si bien se hacen pequeñas referencias a von Neuman, E. F. Moore, R. Ashby y otros, no hay alusión a la teoría de los juegos, a pesar de que el libro trata predominantemente del conflicto entre dos personas. Por lo general, los conflictos se dividen en reflexivos y de montaje funcional. Las fórmulas de cálculo ejemplifican posibles conflictos reflexivos.

En conclusión, se admite que médicos, biólogos, psicólogos y otros puedan sostener distintas teorías sobre el conflicto, pero que se necesitan esfuerzos integrales que comprendan los diferentes puntos de vista del problema.

Al analizar esta teoría matemática del conflicto, cabe hacer dos observaciones: en primer lugar, la falta de familiaridad con las recientes aplicaciones al estudio del conflicto en términos matemáticos. En segundo lugar, la obra de Lefevr tiene importancia por las conclusiones eclécticas y cautelosas. Es el autor cuidadoso y escéptico, y de un modo u otro acepta las distintas teorías posibles, lo cual ciertamente constituye una posición alentadora, considerando que se trata de una obra soviética.

Jiri Kolaja

Paul Deutschmann, Huber Ellingsworth John, T. McNelly: *Communication and Social Change in Latin America*. Praeger Special Studies in *International Economics and Development*. Frederick A. Praeger. Publ. N. Y. Washington. London, 1968.

Los estudios especiales publicados por Praeger están constituidos por monografías especializadas, como ésta, que se distribuyen entre las comunidades académicas, mercantiles o gubernativas.

La que tenemos a la vista trata de relacionar los fenómenos de comunicación y cambio social. Para ello se manejan los conceptos correspondientes a la investigación social, la difusión en gran escala y el desarrollo planeado. Se analizan, particularmente las actitudes, las expectativas y la comprensión de los problemas, cargando el énfasis en los agentes de cambio, particularmente de un ambiente intercul-